

COLÓN, GALA Y LA HISTORIA

Francisco REUS BOYD-SWAN
UNED. Denia.

“El pueblo de Moguer, blanco de cal bajo el cielo sin tacha de Andalucía, dejaba que las horas vertieran su monótono reposo en una vida de paz acompañada. El verso del clásico “ni envidiado ni envidioso”, lograba allí una modesta realidad. Del mar cercano venían a veces ráfagas impetuosas trayendo increíbles evocaciones, ecos y ensueños de países presentidos y mal representados.. ().. Hasta que un día, confundiendo sus sombras fugitivas con las sombras abombadas de los pinos de las dunas, pasaron un hombre y un chico, caminantes extraños que venían... ¿de dónde?, que marchaban... ¿a dónde? Pero desde que aquellos dos extraños viajeros penetraron en la tierra, la paz y el modesto olvido se fueron para siempre. Esa es la virtud animadora del genio, el cual puede producir emocionantes viajes en la carrera de la Historia y elevar el más humilde burgo al rango de la inmortalidad sólo por el mérito de su presencia“ (Salaverría, 1952: 7-8).

Podría ser éste el comienzo de la ópera Cristóbal Colón. Podría ser esto la muestra de una actitud ante el Descubrimiento en su V Centenario, como lo pudo haber sido en el IV o en el III. Y estoy seguro de que muestras como ésta las ha habido, las hay y las habrá. Veamos: “A una nación le cupo en realidad la gloria de descubrir y explorar la América, de cambiar las nociones geográficas del mundo y de acaparar los conocimientos y los negocios por espacio de siglo y medio. Y esa nación fue España” (Lummis, 1926: 16). “Aquellos hombres (se refiere a los de Palos de Moguer) criados entre bancos de arena, dunas y marismas, que habían chapoteado en las playas y los canales desde que andaban a gatas y a quienes la tierra no sonreía sino a través de unas viñas y huertas escuálidas habían de ser por fuerza gente marinera y brava. Estaban más seguros flotando sobre cuatro tablas, en medio del fragor de las tempestades, que al hincar su planta en los arenales donde veían jugar a sus hijos, semejantes por sus costumbres a los crustáceos” (Cabal, 1942: 20).

O “No movía a los españoles una simple inquietud visitadora o depredadora de las costas, como iban a hacer durante siglos los piratas holandeses, fran-

ceses o ingleses, sino una más duradera finalidad colonizadora, como si reviviera en su sangre la savia romana del colere (habitar), que en los escritos de los contemporáneos españoles se traduce casi literalmente por la palabra poblar” (Ballesteros, 1954:188), lleno de un pueril chauvinismo.

Pero lo cierto es que Gala no da comienzo, ni final, a su obra de esta manera tan grandilocuentemente patriótica (a veces se podría pensar, patriotera) y deja entrever que el hecho del Descubrimiento (incluso el término puede rechazarse) no fue tal y como “nuestra” historia trató de mostrar. Está claro que Colón no llegó a América, sino a las Indias, que nadie esperaba encontrarse con lo que encontraron, que España no existía propiamente como tal y que probablemente alguien la habría descubierto, más pronto o más tarde. Incluso el autor pone en solfa la presunta grandeza del hecho en una conferencia que tuve el gusto de escucharle en uno de los cursos de la Universidad de Verano de Denia, al decir más o menos textualmente: “Hizo muy bien Colón en descubrir América, pero...podía habérselo callado”, al igual que cuando en *Las cítaras colgadas de los árboles* se lee en boca de Lázaro: “Ahora esclavos, antes felices”, para contestar a la pregunta de Mariveinte de cómo eran los indios (Gala, 1989: 86), o cuando se lamenta de que el oro americano no sirviera más que para dorar retablos, llegando a afirmar que el declive español dio comienzo en el mismo momento del Descubrimiento. Quizá sea conveniente adoptar una posición intermedia entre las aquí expuestas y ver que todo ello fue una consecuencia directa de la época, con unos antecedentes clarísimos, presentes también en otros pueblos, y que se pueden resumir en el intento de dominar el mar. Si a esto unimos otras circunstancias como la necesidad de nuevas rutas en el camino hacia Oriente y un mayor afán comercial y las combinamos con la utilización de nuevos sistemas y técnicas de navegación, nos convenceremos de que la salida al Atlántico llegó cuando debía llegar. “Necesidades de todo tipo creadas por una sociedad que sale de un letargo de siglos y que cada vez más demanda nuevos productos. El lujo adquiere caracteres de refinamiento, se compran a altos precios las sedas, las piedras preciosas, los muebles y todo tipo de objetos de Oriente.

A ello hay que sumar el perfeccionamiento de los instrumentos de navegación, la formación de pilotos, la cartografía naval y terrestre y el afán de aventuras de la gente en los albores de la Edad Media” (De la Cierva, 1979: 70).

Lo cual no supone restar ningún mérito a quienes hicieron posible la expedición, puesto que las dificultades eran enormes: “Todos los sabios contemporáneos de Colón sabían de la topografía del mundo menos de lo que sabe hoy un colegial de doce años” (Cabal, 1942: 13), por lo que el temor a lo desconocido hizo detener más de un proyecto. A pesar de ello las mayores trabas no vienen determinadas por la geografía y la distancia: “La menor de las dificultades que se presentaban a los descubridores del Nuevo Mundo era el tremendo viaje que habían de hacer entonces para llegar a él. Si las tres mil millas

de mar desconocido hubiera sido el principal obstáculo, hubiéralo vencido la civilización algunos siglos antes. Fueron la ignorancia humana, más honda que el Atlántico y el fanatismo, más tempestuoso que sus olas, los que cerraron por tanto tiempo el horizonte del occidente de Europa” (Lummis, 1926:22). Fanatismo que se verá reflejado en diferentes momentos del teatro de Gala. Colón se queja amargamente tras contemplar en el recuerdo la salida de los judíos:

“Converso me llamasteis y converso soy
 Como el día de la partida,
 veo a mi raza expulsada
 embarcando entre lágrimas” (Gala, 1990: 113)

o cuando medita:

“Mi raza está diciéndose
 siempre adiós a sí misma,
 cansada de estar siempre
 amargada y errante” (Gala, 1990: 116)

o cuando concluye:

“Los cristianos que expulsan y derrotan
 tienen el mismo Dios
 que los judíos expulsados
 y que los árabes vencidos” (Gala, 1990: 116)

Y que observamos en Alonso cuando dice: “Sé que en España la religión es el poder y el poder, la religión” (Gala, 1989: 97), o en la lucha dialéctica que mantiene Colón con los expertos de la Comisión de Salamanca.

Y junto al fanatismo, la ignorancia, que se trasluce en *Las cítaras colgadas de los árboles* cuando dice Olalla a Lázaro: “Leías libros, tú me leías libros en un pueblo como éste, donde los curas dicen que Dios no sabe leer” (Gala, 1989: 64-65), o cuando habla Camacha: “Sí, lo sé, y siempre lo he sabido: aquí es mejor callar. Pasarse la vida en un rincón callando, y que la muerte venga y te devore sin que se entere nadie” (Gala, 1989:80).

Todo ello nos pone en relación con el controvertido tema de la Leyenda Negra, cuya creación y dispersión tuvo su origen en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas y que Ballesteros (1954: 43-45) basa en tres puntos fundamentales:

a) La crueldad de los españoles ante los indígenas

b) La codicia de los españoles en América

c) El oscurantismo

Los tres puntos los refuta con unos argumentos no excesivamente convincentes, tras los cuales podemos concluir que las tres acusaciones pudieron ser verdaderas, al mismo nivel que en cualquier otro momento en que (antes o después) haya habido ocupación o dominio.

López de Gómara en su *Historia General de las Indias* dice que los indios “facilísimamente se juntan con las mujeres, y aun como cuervos o víboras, y peor; dejando aparte que son grandísimos sodo-míticos, holgazanes, mentirosos, ingratos, mudables y ruines” (López de Gómara, 1932: 65), por todo lo cual justifica la actitud de los españoles: “Ca los españoles abrieron muchos indios a cuchilladas en las guerras, y aun en las minas y derribaron los ídolos de sus altares, sin dejar ninguno. Vedaron todos los ritos y cerimonias que hallaron. Hiciéronlos esclavos en la repartición, por lo cual como trabajaban más de lo que solían, y para otros, se murieron y se mataron todos; que de quince veces cien mil y más personas que había en aquella sola isla, no hay agora quinientos” (López de Gómara, 1932: 77-78).

Respecto a la codicia, también el cronista de Carlos I nos explica cómo descubrieron las perlas, las esmeraldas, el oro y las piedras preciosas y cómo hacían para conseguirlas siempre que podían y sin reparar en medios. Y, naturalmente, hubo que convertir a aquellos seres, para lo cual a partir del segundo viaje, Colón llevó a las Indias diversos grupos de religiosos, el primero de los cuales conocido estaba formado por Fray Buil y doce clérigos más.

En un extenso trabajo, Rómulo D. Carbia analiza los orígenes y las fuentes de la Leyenda, para rebatir al final todas las posturas negativas en once puntos, tras los que afirma categóricamente: “En virtud de lo que queda expresado, y que tiene su fundamento en cuanto figura en la parte vertebral de este libro, débese convenir en que la Leyenda que le dio tema es una auténtica patraña que no puede tener cabida ya en ninguna mente culta” (Carbia, 1944: 251).

El gran americanista Rafael Altamira dice a este respecto: “La cuestión histórica reside en precisar qué número de abusos hubo realmente y en qué proporción se hallaron con los casos de una administración si no impecable, ajustada a los moldes corrientes que la humanidad usaba entonces y hoy también” (Altamira, 1924: 143).

Posturas frente a la Leyenda Negra, que durante diferentes épocas ha sido muy utilizada políticamente en España, han surgido en abundancia y no es ahora momento de exponerlas. Baste, como colofón la opinión de César Silió Cortés: “En lo geográfico, en lo político y lo económico, no ha conocido el mundo un acontecimiento más importante que el descubrimiento de América, ni una

hazaña de tanta envergadura como la realizada por España al conquistar, poblar y civilizar el Nuevo Continente” (Silió, 1938: 387).

Quizá lo más conveniente sea evitar el estudio parcial de un tema tan controvertido. En la Historia de España, dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, se puede leer: “La historia del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo se ha escrito en España desde una óptica metropolitana y paternalista, cuando no providencialista” (Zaragoza, 1990: 12).

Gala parece adoptar una posición intermedia porque junto a la alusión anterior de esclavitud actual de los indios, o la afirmación de Lázaro: “Españoles como tú, que creen en la sacrosanta virtud del bautismo, pero esclavizan a los indios después de bautizarlos a la fuerza” (Gala, 1989: 91), o, según transcribe Romera Castillo en el prólogo de Cristóbal Colón, “...la conquista de los cristianos abolió la cultura de los americanos anteriores a tí: los hombres que antes de Colón vivían y soñaban en este continente”, reconoce al final, como también observa Romera que el papel asumido por España en esta etapa no lo hizo mal del todo.

Y tras estas consideraciones previas, pero necesarias, hay que hablar del personaje principal de la ópera, el descubridor, el Almirante, Cristóbal Colón, aunque como bien advierte Gala “ningún descubrimiento es algo individual: suele ser una gesta colectiva. Lo que sucede es que toda pirámide tiene, más alto que la base, un vértice y que la historia es muy amiga de personificar” (Gala, 1990: 69).

Romera Castillo, en el prólogo, magnífico, a la obra de Gala, comenta que éste “presenta la figura de Colón, básicamente como perdedor, como extranjero y como judío converso” (Gala, 1990: 37).

Respecto a la tercera característica, el propio personaje afirma “Converso me llamasteis y converso soy” (113) y se lamenta de la expulsión de los judíos, tras haber sido golpeado por unas palabras de Pinzón:

“Desde que supe que eras un converso
me temí la traición.
El judío sólo te busca cuando te necesita” (106).

o más tarde:

“Una nueva Jerusalén levantaremos al otro lado de los mares” (115). Cuando el coro de marineros expresa su temor por no llegar a tierra, exclaman: “Ese judío visionario nos conduce a la muerte” (129). Salvador de Madariaga afirma: “La familia Colombo era una familia de judíos españoles instalados en Génova, que siguiendo las tradiciones de su raza, había permanecido fiel al lenguaje de su país de origen” (Madariaga, 1940: 74).

En pocas otras ocasiones se menciona el carácter de converso de Colón y pocas veces él mismo habla de su familia “quizá para ocultar un modesto origen,

que no vela ni siquiera en los momentos trascendentales como el de su muerte. Claro que es este mismo discreto silencio lo que ha servido de acicate para crear las más desatentadas soluciones, entre las que no faltó el creerlo judío y por ello temeroso de la repulsa de los reyes” (Ballesteros, 1954: 162). Lo cierto es que en general se ha ensalzado su religiosidad: “Era hombre cristiano, católico y devoto. Antes de emprender cualquier empresa, siempre decía: En el nombre de la Santísima Trinidad haré esto” (Banacloche, 1989: 13).

A pesar de estas alabanzas, hay momentos en que queda en entredicho su piedad, como la crueldad demostrada cuando regresa a América y encuentra a sus hombres amotinados o cuando no consiente en otorgar a Rodrigo de Triana los diez mil maravedises prometidos a quien fuese el primero en anunciar tierra, porque adujo haber sido él antes que el marinero. De todas formas, “es extraordinariamente difícil enjuiciar la figura de Colón, ya que si para unos fue casi un santo –digno de los altares incluso– para otros fue un pozo de avaricia y sordidez, lleno de malas cualidades, un loco iluminado lleno de fantasías al cual la suerte le fue propicia. Disparidad de criterios en la que ningún extremo tiene razón” (Ballesteros, 1954: 169).

En cuanto a su condición de extranjero, queda constatada por la mayoría de los historiadores, a pesar de que han aparecido diversas teorías acerca de su lugar de nacimiento. Desde las que consideran a Colón como extremeño, gallego o catalán hasta las todavía más desacreditadas de atribuirle origen francés, portugués o corso. Parece ser que el lugar de nacimiento fue Génova o alguna pequeña localidad muy cercana a ella. Afirma Julieta Banacloche: “El principal responsable de todas las discusiones que se crearon acerca del sitio en que nació Colón es su propio hijo Hernando o Fernando Colón.

A este hombre debemos una inexacta biografía sobre su padre, en la que él mismo se manifiesta con ignorancia y dudas sobre esta cuestión” (Banacloche, 1989:14).

En la obra de Gala aparece tratado como extranjero. “Váyase el extranjero en hora mala”(104) le canta el coro de hombres y más tarde el coro de marineros: “¡Librémonos del extranjero! ¡Ahorquémoslo!” (128).

De todas formas no es excesivamente importante el saber la patria del Almirante puesto que “Un genovés, es cierto, fue el descubridor de América, pero vino en calidad de español, vino por obra de la fe y del dinero de los españoles; en buques españoles y con marineros españoles y de las tierras descubiertas tomó posesión en nombre de España” (Lummis, 1926:17). El nombre de España, citado en tantas ocasiones cuando se habla del descubrimiento, podría no ser el adecuado. Aunque los personajes de Gala hablan en ocasiones de España: “España es como un manto” (81)

- o “España ensimismada
va a rematar su historia” (81)
- o “Todos en España os aguardamos” (128)

y finalmente dice Colón:

“Para España, la crédula;
para España, la generosa...” (139),

en la mayoría es Castilla la protagonista, la ejecutora del proyecto colombino:

“Tendré que reponer

el agua de mi casa que es Castilla” (94)

o “Tierra adentro Castilla

siempre soñó con echarse a la mar” (95)

e incluso dice don Fernando:

“Nada arriesga Castilla si nada se descubre” (95)

y finalmente Isabel anima a Colón:

“Ni Castilla ni vos
podéis esperar más.

¿A qué esperáis ahora?” (96)

En las Palabras previas a la obra, Gala dice: “España se despendió...”, pero luego: “Castilla no cupo en sí de gozo: ancha es Castilla...”, para más adelante aseverar: “Colón, cualquiera que fuese su lugar de nacimiento, sin Castilla no se habría hecho a la mar cuando se hizo” (Gala, 1990: 70), con lo cual zanja la cuestión.

Relativo al carácter de perdedor que Gala atribuye a Colón, hay efectivamente momentos en que así se manifiesta. El primero, y por supuesto, muy importante, lo muestra el continuo deambular por diferentes lugares siguiendo a los Reyes:

“Voy pidiendo limosnas de Palos a La Rábida,
a Sevilla, a Sanlúcar, al Puerto,
a Córdoba, a Salamanca,
a Sevilla y a Córdoba otra vez,
a Málaga y a Baeza y a Murcia.
De mano en mano voy,
de fatiga en fatiga,
de incredulidad en incredulidad” (87),

o el desprecio que sufrirá ante la comisión de expertos, que el propio autor acota con precisión: “Colón va de uno en uno, como en un juego de pelota, entre dramático y grotesco” (83), como también en la Historia se ha demostrado que anduvo por varias cortes europeas tratando de “vender” su proyecto. Se muestra igualmente como perdedor al tener que claudicar a más de una sugerencia de Pinzón, tanto antes de salir de Palos, como durante la travesía. También cuando se lamenta a la vista de un más que probable fracaso:

“Toda mi vida ha sido
regresar sin haber llegado” (134),

o cuando dirigiéndose a Beatriz, parece volver a una realidad que él no conocía:

“Concluyeron los sueños.
El agua es mi enemiga” (138),

aunque en otros momentos es vencedor indiscutible: impone su criterio en las *Capitulaciones de Santa Fe*, se sale con la suya en el problema de la tripulación de Palos y lo que es fundamental, en el momento de la llegada a las nuevas tierras, momento en el que Gala lanza una maravillosa propuesta de paz y humanidad, cuando por boca de Isabel dice:

“Pero el hombre, lo mismo que la tierra
habrá de conseguir la paz consigo mismo”

o en boca de Colón:

“Preparemos el viaje interminable
poniéndonos de acuerdo unos con otros
y dándonos las manos para multiplicarnos”

o, por fin, en boca de TODOS:

“Esa es nuestra esperanza.
Nuestra única esperanza:
la esperanza en el hombre” (142).

Quedan por analizar diferentes cuestiones y personajes, que podrían añadir nuevos aspectos a la ópera. Pero quizá valga la pena incidir, sobre todo, aunque someramente, en Martín A Pinzón, personaje que Gala reivindica, como lo hacen también otros historiadores, que llegan a considerarlo casi como el verdadero descubridor:

“Por lo que respecta a Martín Alonso Pinzón llegamos más allá: a realzar su actuación con espíritu reivindicador por creer que sin él América no habría sido descubierta el 12 de octubre de 1492” (Díaz-Alejo, 1942: 9-18), y también:

“El descubrimiento y explotación del Nuevo Mundo consumiría los hombres a miles, a millones, y entre los inmolados corresponde el primer lugar, por orden cronológico y también por la clase y magnitud de su desgracia, que se continuó hasta ultratumba, a Martín Alonso Pinzón” (Cabal, 1942: 9-10).

La falta de reconocimiento hacia el personaje la plantea Gala como resultado de la enemistad entre él y Colón, que se deja traslucir en varios pasajes de la obra. Y el autor va más lejos, puesto que presenta a Pinzón como el portavoz del alma andaluza:

“Andalucía es hermosa como un sueño” (88).

Después, el coro de vecinas hace un repaso a la hermosura de algunos lugares andaluces y el mismo coro, junto con el de hombres, dirá, tras la arenga:

“¡Deprisa!
Sonó la hora de Andalucía” (101).

Y, como decía Emilio Castelar, hablando sobre el viaje y la desconfianza de los marineros: “Las noches de Andalucía, henchidas por las cadencias de serenatas perpetuas; el amor a las personas predilectas, entre los meridionales tan vivo; el recuerdo santo de los espacios por donde corre la infancia y ama la juventud; aquellos lejanos toques de campanas...” (Castelar, 1892: 247), era lo que echaban de menos durante tantos días de ver sólo mar y cielo.

Es pues la ópera Cristóbal Colón una manera más de conmemorar un acontecimiento que tuvo sus virtudes y sus defectos, “pero aunque no sea más que por lo que intentó hacer, e hizo repetidamente, bien ganado tiene el título para festejar como cosa propia el 12 de octubre y para pedir a la humanidad entera —la que quiere un mundo mejor que el presente— que se asocie a la celebración de la fecha memorable” (Altamira, 1921: 46)

En realidad la idea que predomina hoy es la de considerar el Descubrimiento como un motivo de unión, olvidando viejas rencillas, porque “...precisamente lo que ha turbado la visión clara de la verdad histórica en todo tiempo, es el vicio de escribir la Historia como ataque o como defensa de intereses políticos o de ideales” (Altamira, 1924: 94).

Por ello remito a la lectura fácil de las opiniones de diferentes presidentes de las repúblicas americanas (Revista ¡Hola!, número extraordinario), tras las cuales afirma Cela: “Los españoles, ahora, a los quinientos años del primer beso y el primer palo, hemos madurado lo bastante como para entender las últimas razones de ustedes los americanos y de su estupor, su temor y aun su amor” (Cela, 1992: 150), en que se ve un intento de acercamiento y de amistad, puesto que como dice S.M. el Rey con motivo de este año: “El Descubrimiento es un concepto histórico, el del conocimiento del mundo en su totalidad, del que fueron protagonistas tanto los descubridores como las etnias indígenas americanas”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael. *La huella de España en América*, Madrid: Ed. Reus, 1924.
La política de España en América, Valenci., Edeta, 1921.
- BALLESTEROS, Manuel. *Historia de América*, Madrid: Pegaso, 1954.
- BANACLOCHE, Julieta, *En vísperas del gran encuentro*, Madrid: S.M., Comisión V Centenario, 1989.
De aventurero a Almirante, Madrid: S.M., Comisión V Centenario, 1989.
¡Tierra a la vista!, Madrid: S.M. Comisión V Centenario, 1989.
- CABAL, Juan. *Carabelas de España*, Barcelona: Ed. Juventud, 1942.
- CARBIA, Rómulo D. *Historia de la Leyenda Negra Hispano-Americana*, Madrid: Consejo de la Hispanidad, 1944.
- DE LA CIERVA, Ricardo. *Historia General de España*, Madrid: Planeta, 1979, Tomo V.
- DÍAZ-ALEJO, R. *El viaje de las tres carabelas*, Buenos Aires: El Ateneo, 1942.
- GALA, Antonio. *Cristóbal Colón*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990.
Las cítaras colgadas de los árboles, Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
- LÓPEZ DE GOMARA, Francisco. *Historia general de las Indias*, Madrid: Espasa-Calpe, 1932, Tomo I.
- LUMMIS, Charles F. *Los exploradores españoles del siglo XVI*, Barcelona: Araluce, 1926.
- MADARIAGA, Salvador de,. *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*. Madrid: Espasa-Calpe, 1992, Ed. V Centenario.
- MAJO FRAMIS, Ricardo. *Los Pinzones*, Madrid: Ed. Gran Capitán, 1947.
- SALAVERRIA, José María. *Los Conquistadores*, San Sebastián: Librería Internacional, 1952.
- SILIO CORTÉS, César. *Isabel la Católica*, Valladolid: Santarén, 1938.
- ZARAGOZA RUVIRA, Gonzalo. "El Descubrimiento de América" en *Historia de España*, Barcelona: Planeta, 1990.